

Un vendaval sereno

Memorias: Carme Pinós en el Espacio Arquia



© Fotos Ángela Lasa

Tras la serie ‘Maestros’, ahora disponible en Netflix, con la arquitecta catalana se inicia una nueva etapa de conversaciones biográficas: ‘Memorias’, promovidas por la Fundación Arquia.

CARME PINÓS se crió en Barcelona con un padre sexagenario y carismático que quería para sus tres hijos profesiones relacionadas con sus proyectos para la finca familiar. Allí creció ella, triscando con sus hermanos por el campo leridano, en una comunión con la naturaleza que servía de contrapunto a la residencia burguesa del Ensanche. El primogénito debía ser arquitecto, pero al decidir ser médico como su padre dejó esa titulación libre para una Carme inicialmente encaminada hacia la Química. Ya en la Escuela alborotada del franquismo final, la muerte del dictador coincidió con el descubrimiento en esas aulas insurgentes de un joven hiperactivo y brillante, Enric Miralles; en quien recuperaría la figura de referencia paternal, y con quien establecería una relación sentimental y profesional que se extendería hasta 1990. Durante esos tres lustros, en la universidad primero y en su estudio compartido después, la pareja formada por Miralles y Pinós iluminó la arquitectura española con un fulgor inédito, y se proyectó pronto a la

escena internacional más vanguardista. Deslumbrantes y admirados, esos jóvenes apenas treintañeros se sentían en lo alto del mundo, y entre sus primeros proyectos figuró un cementerio en Igualada cuyo paisajismo escultórico y lírico lo consagró como una obra esencial de la España democrática. La ruptura, al regreso de una estancia de Enric en la Universidad de Columbia, fue tan dolorosa como cabe esperar, y en el reparto de los restos del naufragio, a Carme le correspondió la dirección de obra de una escuela hogar en Morella, trabajo que conduciría a varios proyectos en la provincia de Alicante —una pasarela en Petrer, el paseo marítimo de Torrevieja y un parque también allí— que serían sus primeras obras independientes. Carme sería también rescatada por la amistad de una *troupe* rupturista y cosmopolita, de la que formaban parte el vienés Wolf Prix, el californiano Thom Mayne o el mexicano Enrique Norten; que la llevaron a la Cuba de Castro primero, a los encargos docentes en diferentes universidades

Carme Pinós recorrió su trayectoria desde una infancia marcada por la figura de su padre y la relación profesional y sentimental con Enric Miralles hasta el camino independiente que le ha valido el Premio Nacional.

En ese viaje, la arquitecta ha tenido el apoyo de amigos como Wolf Prix, Thom Mayne o Enrique Norten, y el continuo estímulo de la lectura, patente en la estantería que diseñó para alojar su propia biblioteca.



patrimonial, ofreciendo alternativas a la intervención en cascos históricos. Sus obras posteriores en Viena y Zaragoza tienen un carácter distinto, porque la Universidad de Economía de la capital austríaca tiene la inevitable morfología de un campus, mientras el CaixaForum de la capital aragonesa se levanta con el aplomo rotundo que exige el protagonismo de la institución, y ninguna es tan deferente con lo que existe como el conjunto barcelonés. Inmersa ya en una etapa de balances y legado, refugiada a menudo en su casa de la sierra de la Tramontana —en una isla donde proyecta crear su propia fundación—, la arquitecta ha ampliado un hotel en la misma amable Mallorca, y levantado una bodega en la áspera meseta de Burgos, que dialogan con el paisaje evocando su infancia libre y campestre. Pero Carme no abandona por ello su carrera internacional, y su designación para levantar el pabellón de Melbourne —una especie de Serpentine Gallery del hemisferio sur, en cuyo diseño se han sucedido buena parte de las luminarias de



la arquitectura— le ha permitido mostrar su talento en la construcción efímera y también su ingenio en el diseño, porque el taburete desmontable que fabricó en España y envió por docenas a las antípodas tiene una elegancia y una lógica estructural solo comparables al de su estantería de chapa plegada, que ella misma distribuye desde su estudio en Barcelona, y que es casi un emblema de su pasión lectora. En su exposición monográfica en el Museo ICO madrileño —un año anterior a su consagración institucional con el Premio Nacional—, la planta inferior recordaba melancólicamente su relación con el prematuramente desaparecido Miralles, la principal documentaba ochenta proyectos presentados como ‘escenarios para la vida’, y la superior mostraba sobre su estantería de chapa cuatrocientos volúmenes de su biblioteca: un acervo que alimenta la curiosidad inquisitiva y la inquietud creativa de una arquitecta que reúne el vendaval imaginativo del lápiz con la serenidad solitaria del libro. *Luis Fernández-Galiano*



© Cristina Calderer